



**ISIDORO DE ANTILLÓN COMO PERIODISTA:
LA «PARTE HISTÓRICA» DEL
*SEMENARIO PATRIÓTICO***



Fernando Durán López







ISIDORO DE ANTILLÓN COMO PERIODISTA: LA «PARTE HISTÓRICA» DEL *SEMENARIO PATRIÓTICO*

*Fernando Durán López**

RESUMEN

Al comienzo de la guerra de la Independencia española se fundó en Sevilla el periódico político *Semanario Patriótico*, con una sección histórica a cargo de Isidoro de Antillón (que es la que se estudia en esta ponencia) y otra política bajo la responsabilidad de José María Blanco "Whyte".

Palabras clave: Isidoro de Antillón, Blanco "Whyte", Historia del periodismo, Liberalismo, Guerra de la Independencia.

ABSTRACT

Isidoro de Antillón as journalist: the "historical part" of Semanario Patriótico.

At the beginning of the Spanish War of Independence a newspaper was founded in Sevilla, *Semanario Patriótico*. Isidoro de Antillón was on duty of the History section and José María Blanco "White" on the Political one. In the present work we analyze both sections.

Key words: Isidoro de Antillón, José María Blanco "White", Journalism History, Liberalism, Spanish War of Independence.

* Universidad de Cádiz.





INTRODUCCIÓN

El grupo de escritores de formación ilustrada y tendencias revolucionarias al que pertenece Isidoro de Antillón, y que poco después de 1808 vamos a ver identificados con la etiqueta política e ideológica de «liberales», creyeron siempre en la prensa periódica como instrumento central del debate público, la educación colectiva y la creación literaria. Eso no es nada nuevo. Todos ellos crecieron en una España donde los periódicos estaban vigilados de cerca por el gobierno, padecieron la honda crisis producida por la prohibición casi total de la prensa en 1792 y fueron en buena medida los protagonistas de su progresivo resurgimiento en los años sucesivos bajo una planta más moderna. Esa es la misma generación de publicistas que estaría llamada a encarnar la transformación política del medio durante la guerra de la Independencia. El nombre que primero viene a la mente en relación a este punto es el de Manuel José Quintana, líder moral, literario e ideológico de la parte más activa y concienciada de los literatos españoles de ese grupo, donde también se cuentan en diferentes posiciones Juan Nicasio Gallego, Eugenio de Tapia, José Rebollo, Juan Álvarez Guerra, José María Blanco y Crespo, José Mor de Fuentes, etc. Antillón, desde luego, formó parte de la misma ola antes y después del *tsunami* de 1808¹.

Conviene resumir algunos hechos bien conocidos antes de entrar en materia antilloniana. En los años que corren aproximadamente entre 1800 y 1808 un grupo de intelectuales de ideas avanzadas, en su mayoría jóvenes o de mediana edad, se congrega alrededor de la tertulia que celebraba en su casa madrileña Quintana, constituyendo un cenáculo de oposición política soterrada y de abierto activismo literario, enfrentado a los círculos intelectuales protegidos por Godoy, entre quienes descollaban las figuras de Moratín, Estala, Melón, Amorós y otros. Esa tertulia, que a menudo ha sido calificada de *club* revolucionario, materializa una primera articulación de las clases intelectuales partidarias de un cambio radical en los fundamentos de la soberanía nacional que consiguiese para España un tipo de libertades civiles y gobierno representativo similar o cercano al que disfrutaban los británicos, los estadounidenses y, durante un tiempo al menos, los franceses que hicieron la revolución en 1789. Por supuesto, ese activismo ideológico no se podía desempeñar por medios públicos ni mediante la imprenta, sometida a estricta censura y autocensura, por lo que se llevaba a cabo de forma indirecta a través de periódicos literarios, obras de teatro, poemas, discursos o piezas educativas donde el ideario crítico se iba filtrando en las dosis y con los envoltorios abstractos que permitiesen su circulación. El resto quedaba al amparo del boca a boca, las intrigas cortesanas y los escritos y traducciones clandestinas. Quintana y sus amigos publicaban en Madrid un semanario de temas culturales, las *Varietades de ciencias, literatura y artes* (1803-1805), que es una de las mejores muestras de esa táctica de infil-

1 Sobre el proceso de formación de la opinión pública y el papel jugado en él por el *Semanario Patriótico* y el grupo de Quintana hay mucha bibliografía, pero remitiré a mi trabajo sobre esta cuestión, donde se argumentan aspectos que aquí quedan meramente apuntados: «La construcción de la opinión pública en España, 1808-1810», en BREÑA, R. (ed.), (2010), *En el umbral de las revoluciones hispánicas: el bienio 1808-1810*, El Colegio de México – Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, México, pp. 67-94.





tración solapada de ideas², y a la vez una prueba palpable de cómo la prensa periódica quedaba excluida de cualquier debate ideológico abierto o comprometido y, por lo tanto, de que no se daban las condiciones objetivas necesarias para hablar, en sentido estricto, de una *opinión pública*.

De repente, esas condiciones objetivas se produjeron con el derrumbe de la monarquía borbónica entre marzo y mayo de 1808, que dio paso a un gobierno bonapartista no aceptado por una gran parte del país, de sus élites, de sus instituciones territoriales y del pueblo llano. Y así un cambio forzado de la cúspide del régimen se convirtió enseguida, como es sabido, en una cruenta contienda que era a la vez guerra contra la ocupación francesa, guerra civil entre españoles y revolución interior. El momento clave se produce en los meses posteriores a la batalla de Bailén, en ese sangriento verano en que el rey José y su corte tuvieron que evacuar la capital y esperar en el norte los refuerzos capitaneados en persona por Napoleón. La liberación de Madrid, la reunión de la Junta Central en Aranjuez y la situación de interinidad generan una ventana de libertad, en la que los antiguos resortes del Antiguo Régimen han dejado de estar activos, los nuevos resortes del poder militar francés han huido y los novísimos resortes políticos de la Central aún no poseen la fuerza y eficacia de un gobierno propiamente dicho. Eso crea una cierta ilusión de victoria, bastante poco realista, pero muy eficiente a la hora de que determinados escritores dieran un paso al frente para intentar aprovechar la inesperada coyuntura. Aprovechándose de la suspensión *de facto* de la censura y demás medios de control ideológico, el grupo liderado por Quintana ejecuta el proyecto de constituir una verdadera opinión pública que transformara la revuelta en favor de Fernando VII en una revolución política en sentido liberal.

Y para constituir la opinión pública, para convencer a los españoles de que tomasen ellos mismos individual y colectivamente las riendas de eso que ahora va a llamarse, en plenitud de sentido moderno, una «nación», Quintana y sus amigos empezaron a publicar en septiembre de 1808 un semanario político dedicado a difundir las doctrinas del gobierno representativo y a comentar la actualidad de la guerra con el mayor grado de libertad jamás conocido antes en un periódico publicado en España. El *Semanario Patriótico* fue seguramente el papel más influyente en términos absolutos durante la guerra de la Independencia, en especial en sus dos primeras etapas, cuando su voz se oyó casi siempre en solitario y gozó de un amplio monopolio en el debate público de las regiones no ocupadas del país. El *Semanario Patriótico*, de hecho, inaugura el periodismo de opinión y presión políticas en la España contemporánea. Se caracteriza por ser de tendencia abiertamente liberal y por tanto partidaria de las reformas, y por reunir a algunos de los intelectuales más destacados del momento a lo largo de sus 102 números. Escrito en tres etapas distintas (Madrid, Sevilla y Cádiz)³, su

2 Ha desarrollado esta idea en varios trabajos CHECA BALTRÁN, J., véase en particular «Pensamiento político y literario en un periódico innovador: *Varietades de ciencias, literatura y artes* (1803-1805)», en DURÁN LÓPEZ, F., ROMERO FERRER, A. y CANTOS CASENAVE, M. (eds.), (2009), *La patria poética. Estudios sobre literatura y política en la obra de Manuel José Quintana*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid, pp. 193-218.

3 La etapa madrileña abarca catorce números desde el 1-IX al 1-XII-1808, aunque el nº 14, redactado en Madrid, ya se tuvo que publicar en Sevilla. En esta otra ciudad salieron los nºs 15-32 que forman la segunda época, entre





final terminará coincidiendo con la proclamación de la constitución gaditana en una suerte de simbólico relevo. Su fundador y continuo inspirador fue el poeta liberal Manuel José Quintana, de cuya tertulia madrileña nace, pero en su trayectoria colaboraron otros muchos ilustres periodistas liberales. Su relevancia en el pensamiento político del periodo 1808-1814 ha sido puesta de manifiesto una y otra vez. Aquí, sin embargo, dado que el objeto de interés es la obra de Antillón, voy a ocuparme de una parte de sus contenidos a los que generalmente se les ha otorgado menor atención⁴.

Uno de los datos claves de las intenciones de Quintana y los suyos es la apuesta por los contenidos informativos, algo que en principio parece alejado al temperamento e intereses del editor. Sin embargo, se muestra convencido de que la batalla de las ideas no podía darse sin satisfacer a la vez una demanda de noticias: reflexión sobre lo acontecido y no solo sobre aquello que habría de acontecer. Frente a un periodismo exclusivamente doctrinario, y frente a las gacetas informativas de carácter oficial o semioficial, el *Semanario Patriótico* sigue una vía intermedia, planteada conscientemente en el «Prospecto», de combinar lo noticiero con la opinión y la exposición teórica de los principios políticos. De esta manera, los redactores diversifican cada entrega combinando artículos de fondo con noticias. La parte informativa sigue siendo, en cualquier caso, la menos destacable del contenido y los estudiosos le han prestado tan poca atención que cualquiera podría imaginarse en ocasiones que no existía⁵. Su naturaleza secundaria nos la revela el hecho de que sea relegada siempre al final del número y su composición se haga en un cuerpo de letra menor. Ambas cosas, por otra parte, eran habituales en los periódicos de aquella época, y no solo por razones de jerarquía conceptual, sino también por cuestiones prácticas en las imprentas (al depender más de la actualidad y de las llegadas del correo era preciso componer esa sección en el último instante, mientras que los artículos de fondo podían estar listos con más antelación).

La sección va variando a lo largo del itinerario. En la primera época, durante el último cuarto del año 1808 en Madrid, las noticias aparecen fragmentadas en informaciones sueltas, pero agrupadas bajo epígrafe único. Los n^{os} 1 y 2 las incluyen al principio: en concreto, las del n^o 1 constituyen un

4-V y 31-VIII-1809. Finalmente en Cádiz se reanudó la publicación con los n^{os} 33-102, entre 22-XI-1810 y 19-III-1812. De la segunda época hay una edición íntegra, con un extenso estudio previo de GARNICA SILVA, A. y RICO LINAJE, R., (2005), en José Blanco White, *Obra completa. I. Periódicos políticos. Volumen primero: Semanario Patriótico (Sevilla 1809)*, Almed, Granada. De la tercera época he editado sus extensos y valiosísimos artículos parlamentarios, con un amplio estudio: DURÁN LÓPEZ, F. (2003), *Crónicas de Cortes del Semanario Patriótico (1810-1812)*, Fundación Municipal de Cultura, Cádiz, ed. de F. Durán López.

- 4 Antonio Garnica es el único que ha dedicado un estudio extenso a los artículos históricos y noticieros de las dos primeras épocas del *Semanario*, aunque por la mayor parte se trata de resúmenes descriptivos más que analíticos (en *ob. cit.*, pp. XXIV-LIV). Por su parte, José María de Jaime Lorén también se ha ocupado de ellos en lo que atañe a la participación de Antillón tanto en la primera como en la segunda época: JAIME LORÉN, J.M. de, (1995), *Isidoro de Antillón y Marzo. Nuevas noticias*, Calamocha, *passim*.
- 5 De nuevo la excepción es Garnica, quien dedica bastante espacio a la sección de noticias de la segunda época (GARNICA, *ob. cit.*, p. XXXIX y ss.).





resumen de la situación interior y exterior a modo de preliminar (además, más adelante, en páginas interiores y sin epígrafe, se incluye otra noticia suelta); en el nº 2 se recogen bajo el epígrafe «Noticias». En el nº 3 hay un aviso a los lectores que advierte que en lo sucesivo se colocarían las noticias al final de los números, por razones de impresión; desde entonces existen siempre dos bloques contiguos de noticias extranjeras y nacionales, bajo diversos títulos (primero «Noticias públicas» y «Noticias interiores», luego «Noticias extranjeras» y «Noticias del Reino»). A lo largo de esta primera época las noticias constituyen la suma de varias informaciones consecutivas; esa separación se hace en las noticias extranjeras colocando subepígrafes que aluden al país al que se refieren, mientras que en las nacionales se señala a veces al principio la ciudad de la que proceden, pero sin tanta regularidad. La fuente principal son otros periódicos europeos y españoles, que el *Semanario* se limita a extraer y a menudo a comentar; era costumbre indicar al final de cada pieza la fuente de referencia⁶. En el caso de la prensa inglesa y la prensa española leal, el *Semanario* asume las noticias como propias, mientras que las tomadas de las publicaciones francesas o afrancesadas son puestas en duda de manera ya agresiva, ya irónica, o bien reinterpretadas. Mayor interés ofrece la segunda fuente de información en frecuencia: las cartas o testimonios orales, informes de primera mano desde diversos puntos de España. A veces, finalmente, también se hace eco de obras impresas recientes (manifiestos de personas o instituciones, noticias circuladas oficialmente por el gobierno, etc.). En lo que toca al contenido, suelen tratar de la actualidad diplomática europea, acciones militares, ida y venida de barcos y tropas inglesas en la Península, situación en las provincias ocupadas por los franceses (insistiendo siempre en las muestras de desafección y resistencia de los españoles), sucesos políticos de la corte de José Bonaparte así como de la Junta Central y demás instituciones leales.

En la segunda época, la sección de noticias sufre una notable mudanza, no en sus contenidos o sus fuentes, pero sí en su redacción. Sigue relegada al final de los números y en letra menor, pero pierde su división interna: bajo un único epígrafe de «Noticias» (solo en el nº 32 y último aparece «Noticias extranjeras» en solitario) se facilita un resumen corrido y homogéneo de sucesos extranjeros o españoles mezclados, sin indicar con precisión las fuentes y añadiendo más apostillas y comentarios. Respecto a la técnica periodística, pues, supone un retroceso en la separación de opinión y noticias que había en la época anterior, aunque hoy resulta más ameno y legible que la miscelánea anterior. En lo que atañe a las fuentes, la novedad es la creciente importancia de las cartas y documentos interceptados al enemigo, que reciben gran difusión y a veces adquieren el derecho a ser artículos autónomos que ocupan varias entregas. Es más que probable que fuese también Antillón quien se encargase de redactar esas noticias, al menos en la etapa sevillana, y así lo da por hecho Garnica⁷.

6 Los periódicos citados son: *Gaceta de Oviedo*, *Gaceta de Sevilla*, *Gaceta de Cataluña*, *Gaceta de Madrid*, las diferentes gacetas oficiales de la corte josefina, *The Morning Chronicle*, *The Royal Cornwall Gazette*, *Gibraltar Chronicle*, *The Times*, *Journal de l'Empire*, *Monitor* y *Publiciste*.

7 *Ob. cit.*, p. XXXIX y ss. No poseemos datos sobre la identidad del redactor de noticias de la primera época, aunque en esos meses había más colaboradores en el periódico y el cambio de sistemática entre ambos periodos parece sugerir también un cambio de periodista.





Hago alusión a esta parte noticiera del periódico no solo por lo que pueda ilustrarnos de las tareas de Antillón y sus fuentes documentales, sino también para poder distinguir con claridad su naturaleza y funciones de otro contenido muy relevante del periódico, la denominada parte histórica. Cualquiera que vea la portada impresa del tomo que abre la segunda época podrá ver que, bajo el título de *Semanario Patriótico*, aparece una mención de autoría que especifica que la «parte histórica» respondía a la pluma de Isidoro de Antillón y que la «parte política» a la de José María Blanco Crespo (luego más conocido como Blanco White). En realidad, como veremos, en la idea inicial del prospecto la parte didáctica y la parte histórica eran divisiones de una misma sección política. Este dato es crucial: no se olvide nunca que no hay oposición entre relato histórico y exposición doctrinal, ya que ambos forman parte de una única línea política. De hecho, Antillón ya venía ocupándose en los últimos números de la primera época de esos contenidos, cuando Blanco aún no participaba en la redacción. El turolense había asumido, en efecto, una novedosa sección que dice mucho de las intenciones del periódico. La parte histórica no consistía en otra cosa que en ordenar de forma coherente el relato de los acontecimientos políticos y militares inmediatos que habían conducido al momento actual. Como explica Garnica:

Antillón tuvo a su cargo la campaña del ejército patriótico contra Napoleón, no porque él fuera historiador, sino por la escrupulosidad con que, como buen científico, era capaz de reunir informaciones y compilarlas de la forma más efectiva (*ob. cit.*, p. XXI).

Escribiendo a fines de 1808 y principios de 1809, cuando la crisis estaba aún lejos de definir su verdadero destino y naturaleza, suponía un enorme esfuerzo de comprensión y documentación para descubrir ante y con los lectores qué había ocurrido en realidad en los anteriores doce meses. Garnica insiste en el elemento documental, al afirmar que «generalmente la narración de la campaña bélica está bien documentada, a pesar de que esta objetividad no sea del agrado de los jefes militares españoles» (p. XXV). Pero en realidad no creo que esa dimensión sea la más relevante, sino el esfuerzo por poner orden en los hechos y por trazar entre ellos un relato coherente. Es una historia, pues, entendida como historia de lo inmediato, un intento de hallar sentido *político* al caos de noticias parciales, mentiras, rumores, incomprensiones que caracterizan cualquier proceso bélico y revolucionario en una sociedad donde la información circulaba de forma lenta y confusa, y no existían cauces independientes que asegurasen un mínimo de veracidad y coherencia en esos hechos. Esa sección estaba prevista desde el primer momento, y se explica así en el «Prospecto» lanzado antes del primer número⁸:

Se dividirá en dos partes principales: la primera y más importante será la política, que se subdividirá en otras dos, una histórica y otra didáctica: en aquella se insertarán las noticias públicas así interiores como extranjeras; sacándolas de los papeles ingleses más acreditados, y de los principales diarios del reino. Uno de los objetos más atendidos en esta sec-

8 Cito siempre a partir de los artículos originales, indicando su número, pero no la página, porque las citas son fáciles de localizar en piezas no demasiado extensas. Se ofrecen los textos modernizados en su ortografía y puntuación, en cuanto carezca de relevancia fonética.





ción histórica será la recapitulación de todo lo ocurrido en España desde el memorable día 31 de Octubre⁹, en el cual nuestros insensatos opresores dieron la señal de esta revolución política, hasta coger el hilo de los sucesos presentes. Manifestaremos lo que se ha obrado en las provincias para libertar a la patria del yugo que la amenazaba; a cuyo fin nos valdremos de los periódicos publicados en las capitales respectivas, y de las correspondencias que estableceremos en ellas. Así este nuestro *Semanario* podrá ser considerado como unos anales donde estén depositados los hechos memorables de la crisis presente; y de ellos podrá valerse el historiador que algún día quiera hacer un cuadro digno de la posteridad, para servir de escarmiento a las naciones que se olvidan de sí mismas.

Pero ya en el n° 3 (15-IX-1808) una advertencia avisaba de que la recapitulación histórica iba a posponerse por falta de documentos y de perspectiva:

la relación, ofrecida también en el prospecto, de los hechos ocurridos en Madrid y en las provincias desde el 31 de octubre hasta 1° de septiembre no puede empezarse mientras no se completan las noticias que estamos adquiriendo y reuniendo con la puntualidad y prontitud que permiten las circunstancias.

Solo en el n° 12 empezará el prometido relato, que sin duda fue escrito por Isidoro de Antillón, aunque no aparece firmado, como ninguno de los artículos de esta época¹⁰. Se titula «Relación de los principales sucesos ocurridos en Madrid y en las provincias de España desde 31 de octubre de 1807 hasta el 1° de septiembre de 1808. Introducción» y se continúa en los n°s 13 y 14 (este último, con fecha 1-XII-1808, en realidad se imprimió en Sevilla tras el abandono de la capital). Estas tres entregas solo comprenden la «Introducción» y dos capítulos señalados como tales y con título propio, que abarcan el proceso de El Escorial y lo que denominará «la revolución de Aranjuez». La introducción expone de forma genérica el espectáculo que ofrece a los ojos del historiador la revolución española. Así comienza (la cursiva es mía):

En esta relación que ofrecimos al público al anunciar nuestro *Semanario*, y que *hasta que sea terminada formará el trabajo más considerable que haya en él*, nos proponemos poner bajo un solo punto de vista los sucesos de este primer periodo de la revolución española, y reunir en el tejido de una narración seguida y breve, lo que hasta ahora anda esparcido en papeles y escritos diversos. No tenemos la presunción ni el intento de escribir una obra que propiamente pueda llamarse historia: el tiempo de hacerla no es llegado todavía,

9 Se refiere a los sucesos de El Escorial, cuando el príncipe de Asturias y sus consejeros áulicos fueron acusados de conspirar contra el rey y Godoy. Ahí empezó el derrumbe del Antiguo Régimen y en ese punto, no en el Dos de Mayo, situarán Antillón y Quintana el inicio de la revolución, por más que aquello hubiera sido una conmoción palaciega, pues acabaría desencadenando, según su criterio, la reacción de la opinión pública.

10 La atribución ha sido sostenida por José María de JAIME LORÉN (1995), *ob. cit.*, p. 162, y parece bastante sólida por la evidente continuidad con lo escrito en los números sevillanos que son suyos con toda certeza.





y nosotros nos contentaremos con desmontar parte del terreno, y allegar algunos materiales al arquitecto que ha de levantar después este majestuoso edificio.

Antillón establece aquí algunos hechos muy reveladores. El primero es la importancia otorgada a esta serie dentro del plan del periódico. El segundo es su escrúpulo a la hora de no pretender pasar por historiador. Deja claro que lo que escribe no es verdadera historia por su ausencia declarada de imparcialidad y por la cercanía de las emociones de las que él mismo participa. Afirmará no reunir las cualidades que Tácito asigna al historiador: escribir «sin odio, sin lisonja». Es claro que él no peca de lisonjero, luego resulta obvio que de lo que se acusa es del odio, de su incapacidad para «conservar el asiento y templanza convenientes para discernir el verdadero espíritu que dirige los hechos, y juzgar digna e imparcialmente las personas y las cosas». Pero si no hace historia, ¿qué es entonces lo que está escribiendo? Desde luego, lo que hace es periodismo, y un periodismo sumamente activista y militante en el orden político, el propio de «contemporáneos afectados inmediatamente de los sucesos que cuentan». Coincido en esto con Garnica:

Antillón tiene muy clara la idea de que él no es ni un corresponsal de guerra ni un historiador al estilo de los que surgirán en tiempos más recientes. Él es sobre todo un patriota y un político y con sus artículos pretende ante todo animar la resistencia del pueblo español contra el invasor, como la única forma de echarlo de España (*ob. cit.*, p. XXVI).

Pero no se trata solo de animar la resistencia, sino de orientarla en un sentido revolucionario, como señala por su parte Raquel Rico Linaje, quien asegura que los artículos históricos «los escribe contagiándolos de una fuerte carga ideológica y por tanto comunican a los lectores un mensaje político» (p. LXXIV). Esa misma estudiosa ofrece una buena batería de análisis de los elementos liberales contenidos en algunos de ellos (cf. pp. LXXVII-LXXIX). Y es en ese plano ideológico donde se sustancia el núcleo fundamental del trabajo antilloniano como «historiador» de la actualidad rabiosa. Es lo que hoy día denominaríamos la «lucha por el relato», es decir, por fijar la versión de los hechos que dé sentido y forma al proyecto político colectivo que se desea implementar.

El eje interpretativo es, en efecto, el relato liberal sobre 1808, sin matices ni dudas: la historia de un «prodigio» que se articula mediante una perfecta antítesis. La nación más decaída, por estar «entregada al despotismo más repugnante», se enfrenta inesperadamente y con todo en contra al imperio más poderoso y pujante de Europa. «La nación dormida y despreciada se levanta furiosa a hacer pedazos las cadenas con que la querían amarrar», ese es el prodigio que hay que explicar. Todo el relato de Antillón en esos tres artículos coadyuva a desarrollar ese eje, que engrana con la otra parte del *Semanario*, la parte política didáctica o doctrinal, que es de carácter prospectivo, mientras que la parte política histórica es retrospectiva. Entre Antillón y Quintana primero, y entre Antillón y Blanco más tarde, hay una completa coordinación de sentido entre la crónica del pasado inmediato y la propuesta de acción futura. Ambas se retroalimentan. La sección histórica convencerá a los lectores de la inevitabilidad de aplicar los principios políticos que desarrolla la sección doctrinal: esta es una respuesta a las preguntas que deja abiertas la sección histórica.

De ahí se comprende la necesidad de presentar el levantamiento de 1808 como «universal y uniforme» en todas las provincias, simultáneo y espontáneo, no coordinado.





Nadie puede decir en particular: yo lo he dirigido, a mí se debe; todos lo hicieron, de todos es la gloria; y quien quite a este sacudimiento político el carácter solemne y popular que le distingue, ni le considera por donde debe, ni le acertará a pintar como realmente ha sido.

Ahora bien, si es un acto de todos y su protagonista principal es el pueblo, no las clases dirigentes ni los cuerpos establecidos, dicho acto reúne las características que los liberales ansían ver en él: es un acto de *soberanía* y, por ello mismo, se puede transformar a su vez en un acto *constituyente*. Eso es lo que persigue el *Semanario Patriótico*, vehicular la energía desencadenada hacia una autoconciencia del sujeto que ahora debe verse a sí mismo como soberano: el pueblo español, la nación. Solo viéndose como protagonistas del levantamiento contra el despotismo y la invasión, los españoles podrán creerse también ciudadanos libres e iguales que asumen el control de las decisiones colectivas. De ahí que Antillón termine su introducción en el nº 12 declarando la «utilidad» extrema que presenta el recuerdo de estos hechos para los españoles: es el que puede prestarles «aliento y osadía para llegar al fin que nos proponemos», el de «completar la grande obra», «el premio que la Providencia destina a nuestros esfuerzos: la independencia política y la libertad civil, bienes los más grandes del hombre en la sociedad». Queda de manifiesto el carácter performativo, no informativo, de este relato falsamente histórico, que él mismo excluye, con honradez, del campo de destrezas y certezas propias de la disciplina histórica.

De los dos capítulos siguientes, que desarrollan con gran vigor narrativo el esquema ya expuesto, no diré mucho. Solo destacaré dos puntos. Por un lado, el lenguaje, que simplemente en su desenvoltura para expresarse sin tapujos marca un tiempo nuevo desconocido en la prensa española. Véase por ejemplo este vibrante resumen de la conducta del rey durante la crisis de El Escorial:

El Rey Carlos, mal aconsejado en esta ocasión, como lo había sido toda su vida, pareció calumniador acusando, pusilánime sosteniendo su demanda y odioso y ridículo perdonando.

Esta era una manera insólita de hablar de un rey en un país como España y de seguro que sus lectores sentirían algo muy intenso al ver en letra impresa comentarios que durante siglos solo se habían podido susurrar al oído, o gritar en alguna algarada, siempre a riesgo de la propia vida. Y poco más adelante habrán visto a Antillón calificar a la reina María Luisa de «madre loca y desnaturalizada», por no detenernos en los muchos improperios dedicados a Godoy y a Napoleón. No era menos enérgico y revolucionario el lenguaje con que el periodista desprecia a los pueblos que se dejan avasallar, hablando del Portugal que aquellos pensaban repartirse, pero con una poco velada alusión a la propia España:

Vergüenza da ver tratados los pueblos como si fueran piezas de ajedrez por estos déspotas impudentes, mas la culpa se la tienen ellos, que no saben o no se atreven a hacerse respetar.

Es claramente otro lenguaje: el lenguaje de la libertad. Y en segundo lugar, es importante señalar que Antillón traza el relato de lo acontecido en El Escorial y Aranjuez a través de su repercusión y seguimiento por parte de la opinión pública. Lo que refiere no son tanto los hechos –no era mucho lo que se sabía de ellos a ciencia cierta–, como la reacción de los españoles, sus dudas e incertidumbres sobre lo que estaba ocurriendo. Y muy en especial, sostiene que muchas de las decisiones to-





madas por el rey o por Godoy estaban movidas por el miedo a esa reacción. Es decir, da por sentado que la opinión pública era ya un factor relevante, incluso cuando ella misma lo ignoraba. Al hablar del juicio por lo del Escorial, lo expresa diciendo que en tal proceso «se luchaba entre la opinión pública que daba por inocentes a los acusados y el poder absoluto de la Reina y el Privado que los querían culpables». Se esfuerza, pues, en probar a sus lectores el poder que habían tenido ya sus opiniones... y el que podrían tener en lo sucesivo si comprendían la fuerza latente en la opinión pública.

El cierre de la revista, por la precipitada marcha del gobierno a Sevilla tras la nueva ocupación francesa de Madrid, impidió la continuación de ese vibrante relato y en la segunda época, publicada ya en Sevilla pocos meses después, la parte histórica se reiniciará sobre nueva planta y con otras características. Hay que subrayar que, al contrario de lo ocurrido en la capital, en este periodo sevillano el *Semanario* se publicó bajo el patrocinio directo de la Junta Central y por lo tanto con cierto carácter oficial. Pero Manuel José Quintana estaba empleado en un alto cargo de la Junta y carecía de tiempo y libertad personal para seguir ocupándose del periódico, de modo que cedió la redacción a dos amigos de su círculo en quienes evidentemente depositaba gran confianza. Quintana se reservó el papel un tanto informal de «censor» de los contenidos, aunque en la práctica actuó solo de pararrayos de las presiones sobre el periódico y de mediador entre los redactores y la Central. Tenía por encima de él a Martín de Garay y a menudo también intervenía Jovellanos con su gran ascendiente moral sobre todo ese grupo de jóvenes escritores.

En la ya citada portada del tomo I el orden en que se mencionaban las dos partes es este: primero la histórica y luego la política. Esa es también la secuencia con la que se distribuía la materia en cada número. No es difícil adivinar que tal orden respondía a que Antillón era un escritor de trayectoria reconocida y sólido prestigio en diferentes disciplinas, mientras que Blanco era en gran medida un desconocido para el público, su proximidad al entorno de Godoy en los años anteriores le hacía sospechoso y apenas tenía obra publicada¹¹. Fue este complejo personaje quien se ocupó de escribir los artículos de doctrina política, que experimentan un creciente radicalismo liberal y que obtuvieron un gran impacto; al final, la segunda época del *Semanario* quedó indisolublemente asociada a los artículos de Blanco y Antillón pasó a un plano secundario, pero no parece que esa fuera la jerarquía inicialmente prevista.

Es muy interesante apreciar que en esta época sevillana hay un cambio brusco de prioridades en la parte histórica. Si Antillón estaba en los tres primeros artículos obsesionado por hacer entender el origen de la revolución y su sentido político, en la etapa sevillana la urgencia pasa a ser la crítica del ejército, someter a los mandos militares a responsabilidad pública, que era algo que jamás se había hecho tampoco hasta entonces en España. Como ya recordaba con gran acierto Antonio Garnica,

11 En realidad tampoco Antillón estaba libre de tratos con el círculo de Godoy, ya que había ostentado empleos de entidad en el Seminario de Nobles y en el Instituto Pestalozziano, pero su perfil público e ideológico estaba más asociado al grupo preliberal de Quintana que en el caso de Blanco.





era la primera vez que en un periódico, es decir, un escrito al alcance del público en general que supiera leer y escribir, se contaban los hechos guerreros con plena libertad tal como habían sucedido (*ob. cit.*, p. XXV).

Así pues, bajo esta nueva mira, el nº 15 (4-V-1809) reanuda el hilo interrumpido con un título muy diferente: «Resumen de los sucesos militares de España desde fines de noviembre hasta el presente», que continuará en los nºs 16-19, 22-23, 25-27. Lo que ahora propone es una crónica corrida de los hechos militares desde fines de noviembre de 1808 (la narración previa no había sobrepasado la revuelta de Aranjuez, con lo que quedan muchos meses sin tratar). La fecha escogida es la de las grandes derrotas que acompañaron la entrada de Napoleón en España, la reconquista de Madrid por sus tropas y la huida a Andalucía del gobierno. Si la primera época del *Semanario* se escribió bajo la impresión falsamente optimista creada por Bailén, la segunda está presidida por el desánimo, el pesimismo y la desconfianza hacia los generales que habían perdido batalla tras batalla.

No hay introducción a este resumen, tan solo unas breves consideraciones en que los editores, salvando lo que pueden del desastre de las armas españolas, afirman que cualquier otro país en las circunstancias en que se halla España ya habría capitulado, pero que esta sin embargo resistió gallardamente. Sí puede hacer las veces de manifiesto editorial la larga nota explicativa que se inserta en el nº 20, motivada por algunas réplicas que se dirigieron al periódico contradiciendo su relato. Entonces los redactores, hablando en plural seguramente para no dejar solo a Antillón ante las consecuencias de sus artículos, anotaron esto:

Esperamos que el público llevará a bien que demos por esta sola vez, en la publicación del presente escrito, un testimonio de la imparcialidad con que trabajamos el resumen de los acontecimientos militares de España. Nuestra narración no tiene otro objeto que reunir con orden una multitud de hechos que hasta ahora o estaban enteramente desconocidos o fiados a la memoria del pueblo español confusa y desordenadamente; y oponer a las exageraciones e insultantes relaciones de los franceses una descripción ingenua de nuestras acciones de guerra, donde no disimulando las desgracias aparezcan los verdaderos fundamentos de la gloria nacional, que son el valor y la constancia. Esta historia no tiene más autoridad que la que le alcance la diligencia que se emplea en buscar los materiales para formarla. Comparamos documentos, inquirimos de los testigos oculares, pesamos sus informes, y jamás nos contentamos con copiar *lo que nos dice uno*, como parece querer dar a entender el autor de estos reparos. No obstante todo el cuidado, acaso incurriremos en errores: pero estamos seguros que los que se escapan a nuestra diligencia escrupulosa, no perjudicarán al crédito de persona alguna. Nosotros no podemos citar a juicio a nuestros generales: damos los resultados de las acciones, y estas pueden haber sido infelices sin culpa de los que las han mandado: el gobierno juzgará si ellos son o no culpables de las desgracias. Entretanto nos parece haber dado suficientes muestras de que no queremos hacer el odioso papel de acusadores; y que, como lo dicta el honor y la generosidad, siempre que la verdad no ha estado en oposición, más hemos tratado de suavizar los odios extremados del pueblo que de darles fomento y pábulo. Nuestra determinación invariable ha sido y será mantenernos inflexibles entre los partidos de opinión en contra o en favor de individuos determinados. Quien no contento con





esta prudente imparcialidad apetezca publicar elogios, podrá hacerlo como guste; no siendo en nuestro periódico, cuya serie de trabajos debe continuar sin interrupción. Por lo demás recibiremos agradecidos las advertencias y correcciones que amistosamente se nos dirijan, estando prontos a confesar nuestras equivocaciones; y quedamos obligados al autor de estos reparos por los desmedidos elogios con que nos honra en la introducción.

El tono de estos artículos es melancólico porque lo que cuenta casi siempre son derrotas, errores, crímenes y traiciones. Como dice en un momento del nº 15, «la providencia quiso poner a prueba la constancia española». Ahora bien, ¿se trata en realidad de la providencia o de errores humanos? Porque no se puede efectuar una verdadera crítica sobre el destino, sobre la mala suerte o sobre los designios divinos, pero en cambio sí se ejerce sobre las conductas de los hombres, y en efecto esta pieza, como todas las demás, no habla sino de errores individuales y colectivos que han arrastrado al país al borde del abismo. Así lo viene a explicar en ese mismo nº 15 al asentar esto (las cursivas son mías):

Nuestros ejércitos, inferiores en número, inferiores en disciplina, *perseguidos también por otras circunstancias poco favorables a la victoria*, pagan el tributo de su desventajosa situación; los soldados se defienden casi siempre como bravos, pero las operaciones rápidas y sostenidas de las huestes enemigas los envuelven y dispersan, quedando al fin de noviembre enteramente desconcertado nuestro sistema de defensa y ataque, y abierta la puerta a los vándalos hasta las inmensas llanuras de Castilla.

Ahora va a cultivar una retórica de la duda y de la reticencia, a veces dando a entender más que afirmando. Al relatar la ruinosa batalla de Tudela, afirma que un ejército español grande, fogueado y bien pertrechado, fue sorprendido «no sabemos cómo». En el nº 16, en la acción de Somosierra, atribuye el fracaso español a diferentes circunstancias, a la acometividad de la caballería polaca, pero «quizá también [a] alguna falta o flojedad de nuestra caballería». ¡Quizá también! En el nº 17 reprocha con dureza la desbandada y dispersión del ejército enviado en socorro de Madrid sin siquiera entrar en combate, «fomentada quizá la turbación por las intrigas o la cobardía de algunos». ¡Quizá otra vez! En el caso de la ocupación de Madrid sin resistencia no muestra análogas vacilaciones, sino que lo atribuye rotundamente, como entonces fue habitual, a traiciones y cobardías de ciertos sujetos que frustraron el entusiasmo del pueblo, personificadas en Tomás de Morla (nº 16); y lo mismo asegura del vil asesinato cometido contra uno de los pocos generales que elogia, Sanjuán, crimen al que dedica un indignado alegato: «la pluma y el honor nacional se niegan a referirlo, pero la sinceridad que nos guía en esta relación no permite callarlo», acusando a soldados dispersos capitaneados por un fraile y movidos «quizá» (¡otra vez!) por personas interesadas en evitar que saliera a la luz su propia cobardía (nº 17). Y de nuevo Antillón conecta el microrrelato de los hechos militares con el macrorrelato liberal de la caída de España: lamenta que la confusión de la guerra impida castigar a los asesinos y que «veinte años de inmoralidad pública, de relajación y de bajezas» hayan disipado del país «los principios de virtud y disciplina», con lo que al final todos los males presentes remiten al pasado cercano y suponen un alegato en pro de la reforma futura.

En el nº 17 es importante el largo pasaje oratorio contra los decretos de Chamartín dictados por Napoleón, que en apariencia se apropiaban del programa reformista de los liberales. El énfasis de





Antillón demuestra hasta qué punto tenían estos miedo de que tales medidas regeneradoras surtiesen efecto propagandístico y se apresura a afirmar que

nosotros bastamos a darnos independencia, libertad, constitución y leyes, bienes que nunca se recibieron de un conquistador extranjero, ni pueden ser efecto más que del consentimiento deliberado y espontáneo del pueblo a cuya felicidad se destinan.

Aquí distinguiré, pues, la legitimidad de origen (que pende del relato histórico que él está escribiendo), de la legitimidad de contenido (que es la que correspondería a la parte doctrinal del *Semanario*, que redactaba Blanco): ambas tienen que darse conjuntamente, y esa es la razón por la que Antillón rechaza un paquete de leyes con las que sin duda estaba de acuerdo. Ya no bastaba legislar bien: era preciso que fuesen los ciudadanos quienes lo hicieran a través de resortes constitucionales.

Los n^{os} 18 y 19 dedican sus artículos históricos a relatar con mucho detalle las evoluciones del ejército del centro, mandado sucesivamente por Castaños, Lapeña e Infantado, durante las operaciones fracasadas para socorrer Madrid y durante su penosa retirada, acosado por los enemigos, hasta conseguir un relativo refugio en los montes de Cuenca. Antillón cree preciso dar «alguna noticia de esta retirada mal conocida, en cuanto puede rastrear nuestra diligencia». Es un relato difícil, en que deja caer alguna soterrada sospecha sobre el duque del Infantado, que salió de un Madrid ya bloqueado con el argumento de reunirse con ese ejército y precipitar su entrada en la capital, que nunca se verificó. Ese penoso itinerario del ejército del centro es un cúmulo de mala suerte, amagos de motín, dispersiones, desconocimiento general de lo que pasaba, hambre y privaciones de las tropas por la falta de depósitos y el caos de la intendencia, «excesos reprobables» de los soldados sobre la población civil, etc. Antillón no idealiza nada, ni calla nada, está alejado de cualquier épica patriótica y cuenta la guerra con toda su crudeza. En cierto momento, cuando los restos del ejército habían ya cruzado el Tajo y estaban a salvo, relata entre sus divisiones de vanguardia «una sublevación tan seria y formal como que faltó poco para destruirse mutuamente algunos cuerpos y la artillería estuvo a punto de disparar sobre otros». Esa «sangrienta anarquía» es para Antillón un ominoso recordatorio del enorme peligro a que estaba abocado el país. Ante el aprieto se decidió en una junta de generales transferir el mando a Infantado, y el periodista se cuida mucho de precisar que la Junta Central solo aprobó la decisión «posteriormente, subsanando con su autoridad superior la falta de legitimidad que tenían ambos actos, dictados por la amargura de las circunstancias». No quiere que los lectores se olviden de cuál es el objeto de la guerra: gobiernos civiles legítimos, no dictaduras militares de emergencia.

Este lenguaje tan directo y esta libertad de juicio pronto provocaron una reacción adversa entre los militares. En los n^{os} 20 y 21 Antillón sustituye sus artículos por una réplica enviada por un tal F. V. sobre lo relatado en el n^o 15 a propósito de la batalla de Tudela. Aunque el comunicante habla en tono comedido y lisonjero del periódico, sus reproches son intensos y le acusa de estar mal documentado y seguir crédulamente alguna fuente poco fiable¹². Antillón llena el artículo de notas con

12 Ya advertía con acierto Garnica que «aquellas palabras aparentemente amables de F. V. ocultaban un serio ataque a la política informativa del *Semanario*» (*ob. cit.*, p. XXX) y preludivan los problemas que iban a ocasionar su cierre.





sus contrarréplicas y traba un encendido debate, que gira en torno al juicio de F. V. de que el *Semanario* había sobrevalorado la potencia del ejército nacional durante aquella acción, había malinterpretado las decisiones de los generales españoles y había atribuido injustamente la salvación parcial de las tropas a errores de los mandos franceses.

En el nº 22 retoma el hilo del resumen histórico atendiendo a la situación en que, tras la caída de Madrid, había quedado La Mancha, completamente abandonada y desmoralizada, y a las medidas tomadas en Andalucía para defender los pasos de Sierra Morena y evitar la invasión, que Antillón da a entender que no se había producido porque Napoleón tenía como prioridad Extremadura y Portugal, no por los atropellados esfuerzos de las autoridades sureñas. Describe un panorama desolador de pueblos y ciudades castellanas huyendo o contemporizando ante los franceses y renunciando a la resistencia. Resultado: «Este silencio del terror que reduce a la nada todas las disposiciones patrióticas de los pueblos». Es el silencio, seguramente, lo peor que puede concebir un periodista, un escritor, que lo fía todo al poder persuasivo de la palabra. Solo lamenta no poder documentar las «defensas parciales» de algunos pueblos y partidas heroicas. A Napoleón, asegura, no le derrotarán los ejércitos, sino «el espíritu universal de *santa insurrección*, que es ya como un elemento de nuestra existencia».

Para mantener ese espíritu insurreccional Antillón entendía que no podía contar solo desastres y traiciones. Por ello dedicó su artículo entero del nº 23 a contar un hecho heroico y apenas conocido del público, que contribuyera a mantener la moral y la esperanza: la milagrosa incorporación al ejército del centro de un cuerpo de tropas que sorteó durante veinte días a los enemigos desde las montañas de La Rioja, «con mucho honor de los jefes y de los soldados». Como él mismo advierte, «en el *Semanario* [...] la fuerza de la verdad nos ha obligado más de una vez a contar infortunios y males», y eso debe compensarlo con hechos «en prez y blasón de las armas españolas y de los patriotas armados por la libertad». Eso le da también ocasión de trazar un elogio encendido del coronel Miguel Lili, conde de Alacha, que mandaba esa unidad; pero significativamente esta alabanza marca una simetría con su inmediato superior, el marqués de Cartaojal, ya que el éxito de Lili proviene de no haber seguido las instrucciones recibidas por este actuando según su propio criterio. En resumen, esta acción es una prueba «de lo que es capaz el soldado español cuando está bien conducido», lo que de nuevo revierte sobre una crítica general a la dirección impuesta desde el alto mando español.

Por otro lado, los silencios de estos artículos son también significativos. Un dato aleccionador es su absoluta omisión de las operaciones efectuadas en esas campañas por las tropas británicas, en concreto el fracaso del general Moore en Elviña, en enero de 1809, y la durísima retirada y reembarco desde La Coruña de su ejército. Garnica lo atribuye a que «Antillón tuviera, como otros, una impresión muy negativa de la controvertida actuación de Moore y creyera que lo mejor era ni mencionarlo» (*ob. cit.*, p. XXXIX). Pero el turolense fue muy duro contra algunos mandos españoles y no parece que tuviera que ser más cauteloso con los británicos que con aquellos. Pienso que ese silencio hay que explicarlo mejor a la luz del sentido político del *Semanario Patriótico*: su objetivo es que los españoles afronten una crítica madura de su organización interna y se persuadan de que el triunfo en la guerra era ante todo una cuestión de cómo reformarla de aquí en adelante, algo que dependía solo de ellos. Quizá Antillón pensaba que hablar, bien o mal, de los aliados británicos no





aportaba nada a la necesaria maduración de la opinión pública que él quería consolidar. A los españoles no les convenía pensar que otros iban a salvarlos¹³.

En el nº 24 vuelve a interrumpir su historia para colocar una ampliación comunicada por alguien sobre lo que se había relatado en el nº 18 acerca del ejército del centro. Al contrario de los artículos del periodista aragonés, este rezuma por todas partes un tono exaltado y adulador hacia mandos y tropas españolas. En los nºs 25 y 26 Antillón reanuda el paso dirigiendo ahora la mirada a Extremadura y a los intentos españoles de evitar que Napoleón atravesara los puentes del Tajo. En este caso seguramente dispuso de una fuente lineal y muy documentada, porque su crónica abunda en detalles y escasea de opiniones, como si estuviese siguiendo un parte de guerra oficial. Antillón elogia en especial el patriotismo del pueblo extremeño, que aportó por su cuenta y sin auxilio de un gobierno ya inexistente los medios necesarios para sostener la defensa. Son los artículos más planos y complacientes de cuantos formaron parte de esta sección... hasta el momento de tener que contar la derrota final española y la huida de sus tropas hacia Andalucía. Entonces el tono de repente se ensombrece:

Pero ¡qué retirada!, la más vergonzosa y cubierta de excesos que entre tantas escenas de desorden militar presentan hasta ahora los fastos de nuestra revolución. Quisiéramos ocultar lo ocurrido en aquellos días de crímenes y de oprobio: la verdad histórica, que es nuestra guía, no nos da permiso para oscurecerlo o paliarlo. Clamen enhorabuena los débiles o los malvados contra esta santa ley de no mentir que nos hemos propuesto. Despreciando su persecución o sus calumnias, la respetaremos eternamente sobre cuanto hay en el mundo. Si en fuerza de un sistema tan severo no siempre contamos glorias o hacemos panegíricos, estamos al mismo tiempo seguros que transmitiremos a nuestros coetáneos lecciones útiles, y a la posteridad cuadros bastante parecidos al original mismo. Esto es lo que se pide a la historia y esto es lo que pretendemos hacer nosotros, prescindiendo de pasiones miserables, contemplaciones cortesanas o miras tímidas.

A eso siguen varias páginas terribles sobre deserciones, saqueos, indisciplinas y anarquía, «¡tristes efectos de la indisciplina y del trastorno general del estado!». En esta ocasión carga las tintas sobre las tropas de a pie y salva la conducta de muchos oficiales, en particular los de artillería. La sinceridad del periodista es en este número brutal, sin sombra de concesión a una visión edulcorada de la guerra patriótica: ahí es donde mejor vemos el tremendo compromiso con una verdad periodística imparcial, su convicción de que los españoles tienen que leer verdades por desagradables que sean.

En el nº 27 se publica el último de estos artículos, aunque con el habitual aviso de que iba a continuarse. En esta ocasión se relata la huida de la Junta Central hasta Sevilla. Como es lógico se trata de un relato bastante favorable de su gestión, ya que en definitiva era la misma Junta la que publicaba el *Semanario Patriótico* y Antillón se muestra siempre más respetuoso con los poderes ci-

13 No obstante, en la sección noticiara sí se da información regular de los movimientos del ejército mandado por el que luego sería lord Wellington (por entonces solo sir Arthur Wellesley).





viles que con los militares. En los siguientes números (28, 29 y 30) la sección histórica es llenada por una larga relación del segundo sitio de Zaragoza firmada por Pedro María Ric, regente de la Audiencia de Aragón, que se publica con escasas notas y una apostilla final de los redactores. El nº 31 no contiene sección histórica; el nº 32, el último de la segunda época del *Semanario*, la cubre de nuevo con otro artículo comunicado, extractado por los redactores y relativo a lo publicado en el nº 22, polemizando sobre la lealtad y patriotismo de Toledo y los toledanos. En ese mismo número se publicó la famosa nota final que José María Blanco hizo insertar comunicando a los lectores el final del *Semanario* y dando a entender que las presiones políticas sobre su contenido eran ya insostenibles y prefería cerrarlo a convertirlo en un instrumento ministerial. Es uno de los hitos en la historia de esa incipiente libertad de imprenta española.

¿Qué había pasado para que Antillón cortase en el nº 27 su resumen de la guerra de España? Pues sencillamente que el malestar de la Junta Central por la línea política de Blanco y el de los mandos militares por la línea militar de Antillón había ido creciendo al tiempo que lo hacía la agresividad de ambos redactores. Blanco y Antillón creían deberse solo a sus lectores y el poder en España no estaba acostumbrado a ser criticado en público. El generalato, además, reunía a esto su espíritu de casta y su orgullo aristocrático. Blanco dio en los años sucesivos versiones distintas de lo ocurrido, que coinciden en que la presión principal se ejerció contra Antillón, ya sea mediante amenazas directas, ya mediante otros lisonjeros encargos que le apartasen de sus tareas. En un artículo publicado en el nº 10 de *El Español* de Londres, que apareció el 30-I-1811, José María Blanco White (ya había adoptado por entonces ese apellido) lo contó así:

El señor Antillón había venido a Sevilla llamado indirectamente por el gobierno, que quería ocuparlo en la redacción de la *Gaceta*. El proyecto del *Semanario* estorbó aquel designio, para el cual se había comprometido. Poco antes de empezarse el tercer trimestre, el señor Antillón fue llamado por el excelentísimo señor don Martín de Garay, quien le anunció su decidida determinación de que se encargase de la *Gaceta*, pero bajo la condición más decidida de que no había de «tener parte alguna en el *Semanario*». Varios de los que vieron al señor Antillón admitir esta propuesta y no supieron las circunstancias le acusaron de timidez, pero nada está más lejos de su carácter. Nadie más que yo tenía interés en conservar tan excelente compañero, nadie quedaba más comprometido por su retirada; pero yo sé que tuvo razones poderosísimas y que procedió en este asunto con la mayor delicadeza.

El peso que cargaba sobre mí era terrible. Nadie sino el señor Antillón podía continuar la parte histórica que estaba empezada en el *Semanario*, no solo por la gran dificultad que había en no desdecir del superior estilo en que está escrita, sino porque la colección de documentos sobre que la fundaba solo existía en su memoria y en apuntes ininteligibles e incompletos.

Según Blanco, iba a ser su entrañable amigo Alberto Lista (afrancesado después tras la toma de Sevilla en 1810) quien continuara la tarea, aunque finalmente no llegó a escribir más que un artículo político. En su autobiografía de años más tarde, Blanco dio una versión algo menos diplomática y apunta de forma directa al duque del Infantado, que se había desacreditado tanto en la guerra «that a mere narrative of his operations (if the utmost indecision and inactivity may be called by





that name) would have exposed his incapacity»¹⁴. Acusa a Infantado de ser débil, vanidoso y lleno de los prejuicios más acendrados de la aristocracia militar española; además, aguardaba el momento de situarse al frente del gobierno. Antillón lo había mencionado ya en dos ocasiones en su crónica y en ninguna de ellas salía bien parado, aunque sin reproches frontales. Pero Blanco asegura que el progreso del relato de Antillón hacia los siguientes episodios de la guerra estaba en condiciones de alarmarle, porque «it was likely to lower him in the estimation of the people whom he wished to govern» (*ob. cit.*, p. 148). El duque mandó traer a Quintana a su presencia para hacerle saber, como censor del *Semanario*, que no toleraría la menor censura de su conducta militar. Antillón decidió interrumpir sus artículos ante la tesitura de poner en problemas a Quintana o de que el duque decidiera enviarle un par de lacayos a darle una paliza, en el mejor estilo de los Grandes de España. El final del *Semanario*, ese final tan vinculado a la crítica de los militares en la parte histórica, es la mejor prueba de hasta dónde había llegado en su idea del periodismo. Blanco solo aguantó cinco números más, en los que la presión se focalizó contra él por sus artículos políticos. Resistir en solitario era más difícil y la cosa acabó como ya hemos dicho¹⁵.

El designio como periodista de Antillón en el *Semanario Patriótico* puede resumirse bien recordando las varias ocasiones en que en los primeros artículos de esta serie se refiere al absoluto desconcierto con que los españoles vivieron los acontecimientos de El Escorial y Aranjuez, y la entrada de los ejércitos franceses en España. Rumores y más rumores, y sin que nadie supiese nada a ciencia cierta. En cierto momento dice: «El público, ignorante de los convenios ajustados, y viendo entrar tropas no solo por Guipúzcoa, sino por Navarra y Cataluña, se perdía en conjeturas». Eso es lo que estos periodistas, libres por primera vez, quisieron remediar inaugurando una época en que un público informado por la libertad de prensa supiese cuál era el curso de su destino y no se perdiese más en conjeturas. La información tenía que ser –aún tiene que serlo– la piedra fundacional de la libertad. Y en la época sevillana Antillón concibe ese papel informativo ante todo como juicio de responsabilidad de los militares, muchos de ellos de aristocrática alcurnia. En una de las notas puestas en el n° 20 al artículo de F. V. Antillón explicaba que

Nosotros no podemos citar a juicio a nuestros generales: damos los resultados de las acciones y estas pueden haber sido infelices sin culpa de los que las han mandado; el gobierno juzgará si ellos son o no culpables de las desgracias.

14 *The Life of the Rev. Joseph Blanco White, written by himself; with portions of his correspondence. Edited by John Hamilton Thom. In three volumes*, John Chapman, Londres, 1845, t. I, p. 148.

15 Quintana en su memoria autobiográfica de 1818 aludió al asunto con cautela, relatando las presiones políticas de la Junta Central sobre el periódico, pero sin entrar en detalles ni distinguir entre ambos redactores. Lo mismo había hecho Jovellanos en su *Memoria en defensa de la Junta Central*, donde alaba la calidad humana y literaria de los dos periodistas, pero muestra su desacuerdo dolido con la manera en que provocaron el cierre, que él sin duda consideraba poco responsable hacia sus obligaciones con el gobierno y la causa patriótica; pero tampoco diferencia en eso a Blanco y a Antillón, quien no dejó escrito, que yo sepa, ningún relato de ese episodio crucial de su carrera publicística.





Pero en realidad Antillón no piensa en el juicio del gobierno, ni en el de los consejos de guerra, sino en el juicio de la opinión pública, que es ante quien cita a los generales de los que habla. «Quien no contento con esta prudente imparcialidad apetezca publicar elogios, podrá hacerlo como guste, no siendo en nuestro periódico». En efecto, dejando de lado toda adulación y sin importarle incurrir en las más negras tintas, estos artículos del *Semanario Patriótico* inauguran todo un territorio nuevo de la opinión pública. No fue un aprendizaje vano a pesar de su amargo desenlace, ya que con la consolidación de la libertad de imprenta por las Cortes de Cádiz otros muchos periodistas siguieron por esa senda y ya no hubo quienes pudieran frenarles. Es sintomática a este respecto la campaña de prensa vivida con motivo de la batalla de Chiclana en marzo de 1811¹⁶. Para entonces ya pocos se acordarían de que fue Isidoro de Antillón quien había puesto la primera piedra en esa parte del edificio de la prensa libre¹⁷.



16 Véase sobre esto DURÁN LÓPEZ, F. (ed.), (2012), *La batalla de Chiclana (5 de marzo de 1811). Estudios y testimonios reunidos con motivo del segundo centenario*, Cádiz, Universidad de Cádiz.

17 Este trabajo se inscribe en los resultados científicos de los siguientes proyectos: *Historia de la literatura española entre 1808 y 1833*, Proyectos del Plan Nacional I+D+i, ref. FFI2010-15098/FILO; *Las Cortes de Cádiz y la revolución liberal en Andalucía e Iberoamérica. Un marco comparativo*, Proyecto de Excelencia de la Junta de Andalucía, ref. HUM 5410; *Cádiz escuela política: Opinión pública, ciudadanía y cultura política en Andalucía (1810-1845)*, Proyecto de la Fundación Centro de Estudios Andaluces, código: PRY032/12.

